**Informe de la lectura: *El pensar y las reflexiones morales* – Hannah Arendt**

**Por: Juan Miguel Iglesias**

Desde referencias a Sócrates y su permanente búsqueda del sentido, hasta el juicio a Adolf Eichmann en 1961, Hannah Arendt nos expone en un capítulo de *De la historia a la acción* (una colección de sus obras, organizada por el filósofo español Manuel Cruz)una reflexión sobre lo que significa el concepto de «banalidad del mal». En primer lugar, se expone el problema de la ‘incapacidad para pensar’ que, a gran escala, en el Holocausto, casi significó el exterminio de una cultura y nación, como son los judíos. Cuando vemos a los autores de estos crímenes y a sus jefes fuera de sus burbujas, es decir, más allá de sus rangos dentro del régimen nazi, no nos topamos con monstruos que parezcan capaces de cometer estas atrocidades, todo lo contrario, la chocante realidad es que estos seres, aparentemente abominables, son personas al igual que nosotros. Cuando Eichmann llega a ser juzgado en los tribunales no muestra señal de arrepentimiento sobre las atrocidades que ha cometido contra los judíos, para el *Obersturmbannführer* de las SS, estas eran órdenes que se veía obligado a cumplir por las que, de no ser porque Alemania había perdido la guerra, hubiera recibido condecoraciones y reconocimientos, y no una sentencia de pena de muerte en un tribunal extranjero.

Así, posteriormente, Arendt llega a cuestionar la verdadera naturaleza del mal que llevó a este hombre cualquiera, a desempeñar y llevar a cabo, cual “criminal de guerra” (Arendt, 1995, p. 109), el sanguinario plan de la Solución final; para lo cual, ella tuvo que describir y diferenciar las dos dimensiones entre las que oscila el ser humano durante su existencia: la dimensión de la realidad o de las apariencias y la del pensamiento. Ambas están separadas, pero no se cancelan entre ellas. Cuando hacemos uso de nuestros sentidos para percibir información del exterior, estamos viviendo en el mundo de lo aparente; cuando «pensamos», nos movemos en el mundo cerrado del pensamiento. Entonces, ¿qué es el pensar y por qué sería imposible estar en ambos planos al mismo tiempo? Para responder esas interrogantes, Hannah Arendt cita al filósofo y poeta francés Paul Valéry en lo siguiente: “unas veces pienso y otras soy” (Valéry, como se cita en Arendt, 1995, p. 115). Las imágenes de lo que pensamos son siempre “una re-presentación” (ídem): nunca el objeto real, pero tampoco muy alejado de cuando lo percibimos. Esta re-presentación la creamos porque no tenemos el objeto original a nuestro alcance; caso contrario, no sería necesario imaginarlo, sino simplemente verlo.

En un tercer momento, la filósofa alemana deconstruye la naturaleza del pensar, para lo cual se remite hasta la Antigua Grecia, enfocándose, sobre todo, en la figura de Sócrates. Este icónico pensador clásico ya había emprendido, en su contexto, su propia búsqueda del sentido a partir de lo que conocemos como mayéutica. Su rol en aquel entonces fue determinante para la *polis* griega, por las razones que enumera Arendt: logró que los ciudadanos se detuvieran (del quehacer cotidiano) a pensar, hizo que sus problemas (sobre el conocimiento, ética y justicia) fueran problemas de todos y, aunque él aludía que no enseñaba nada, si no fuera por Sócrates, hubiéramos caído en las garras del nihilismo o la incapacidad de tomar decisiones; por lo que siempre fue coherente con la frase que comúnmente se le atribuye: “una vida sin examen no merece ser vivida”.

Finalmente, la autora concluye que “el mal no puede ser hecho voluntariamente por su *status* ontológico” (Arendt, 1995, p. 128); en otras palabras, ya que el bien solo puede ser realizado por seres pensantes y capaces de tomar decisiones, no existe el mal, sino la ausencia de bien. Aparte, si un sujeto fuera ciertamente «pensante», este buscaría, como mínimo, el bien propio (que, aunque sea mínimo, sigue siendo ‘un’ bien), por más que no coincida con el bien común. Partiendo de esta idea, uno puede preguntarse: ¿qué ha sido del hombre toda su historia?, ¿estamos frente a una masa de hombres que son egoístas y solo buscan el bien individual?, ¿o es que directamente no piensan?

La reflexión de Hannah Arendt nos deja con la impresión de que ningún hombre nace “bueno”. Para hacer el bien voluntariamente, la persona tiene que pensar, por lo tanto, ningún recién nacido o niño podría hacer el bien a voluntad. Más allá de que estamos ‘condenados’ a nacer con una ausencia de bien, sería imposible que el ser humano desarrolle adecuadamente su propio sentido crítico si no recibe ayuda o la guía de una comunidad. Sócrates sostuvo que hablar y pensar sobre la piedad, justicia y valor nos volvería, consecuentemente, en hombres más piadosos, justos y valerosos (Arendt, 1995); ahora hay que imaginar un mundo donde no existan estos diálogos (o cualquier diálogo), haciendo más difícil que se dé la posibilidad de pensar. En resumen, para hacer el bien voluntariamente también requerimos de una sociedad que nos dé el primer “aguijón” cual tábano.

Por otro lado, ¿qué hacemos con el mal? Ya hemos visto que el mal es simplemente la ausencia de bien. Hoy en día pensamos que lo que tenemos que hacer es combatir al mal, pero ¿cómo vamos a combatir contra un enemigo que no existe? Procuremos prevenir antes que curar: el objetivo no debería ser erradicar el mal, sería, en realidad, esforzarnos por buscar el bien (aunque no tengamos una dirección clara), para lo cual, como ya vimos, tenemos que dedicarnos a pensar y autoexaminarnos. La falta de atención y tiempo al pensamiento es lo que ha llevado a muchos a aceptar una posición u opinión inamovible que sea aplicable a todo. Dogmas como el nihilismo son contraproducentes al bien o, en otras palabras, promotoras del ‘mal’ (entendido como la ausencia de bien, como ya hemos explicado).

Puede parecer que la raíz universal de los problemas es la falta de dedicación al pensar. Si la Grecia clásica llegó a ser tan grande y relevante para la historia de la Humanidad, es porque se concentró en construir en cada uno de sus ciudadanos la capacidad de pensar autónomamente. «Hombres que piensan» es lo mismo a decir «hombres que hacen el bien». Probablemente, los antiguos griegos hayan comprendido esta relación pensar-bien y la hayan comprobado en sus día a día. El hombre posmoderno debe ahora decidir (sí, decidir, si es que tiene la capacidad de hacerlo) cuál será el camino que seguirá su descendencia: el camino abstracto, complicado y problemático del pensamiento que nos llevaría al bien, o el camino simple, indoloro y dependiente de la incapacidad (de pensar) que nos mantendría como mortales para siempre.

**Bibliografía:**

Arendt, H. (1995). *De la historia a la acción*. Barcelona, España: Paidós.